

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 70

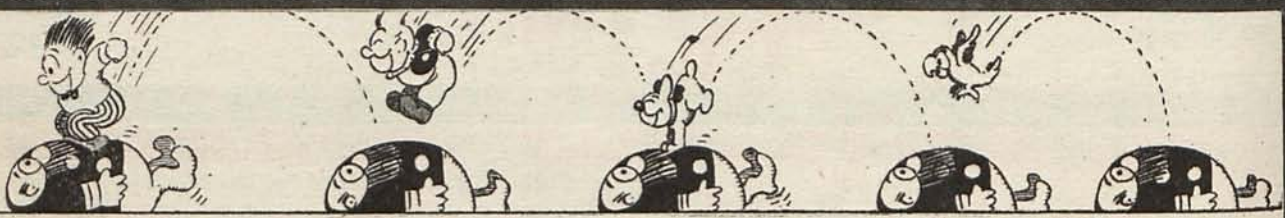
40 Cents.

20 JUNIO
1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton

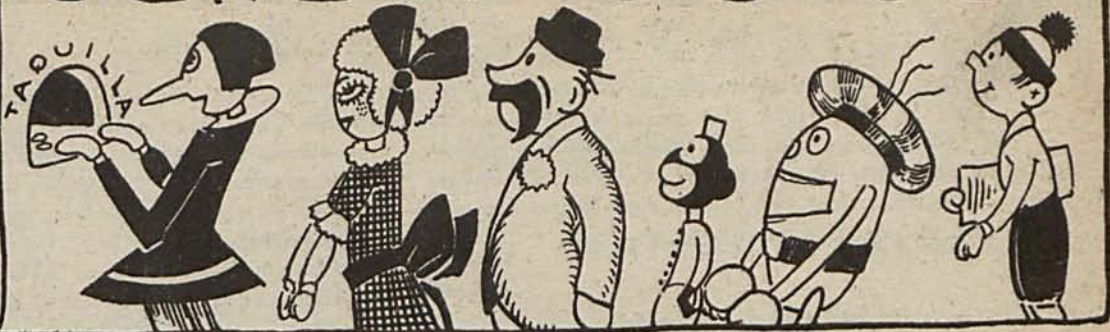


PROGRAMA
PARA HOY

UN
ACCIDENTE
AFORTUNADO

Sensacional!

GRAN CINE



—¡Caramba! Mucho quisiera saber cómo vamos a entrar en este puerto, compañeros —exclamó Darkie, el corpulento y animoso negro, uno de los tres intrépidos compañeros: Dick, Dan y Darkie.

—¡También yo quisiera saberlo! —repuso Dan; este muchacho, el más original del trio, era pequeño y rechoncho.

Hallábanse los tres a bordo del *Lady May*, pequeño barco de vela que habían comprado para traficar por las islas del Pacífico, y estaban ahora intentando entrar en Douros, un pueblecito pequeño de la costa sudamericana, para proveerse de víveres.

La dificultad para entrar en aquel puerto se debía a que el acceso a él se hacía por un canal cerrado a ambos lados con paredes de roca, que tenían una altura de varios centenares de pies. El *Lady May* estaba ya a mitad del canal, dejándose llevar por la marea; pues como no tenía motor, érale preciso dejarse enteramente a merced del viento, y en el canal quedaba cobijado, por los muros de roca, del poco viento reinante.

Iba en el timón Dick, el tercero del trio, muchacho de buena figura, de rostro bien parecido y tostado por el sol, y su temor era que la marea bajase antes de que llegasen al puerto, constituido por una ensenada natural, casi toda ella rodeada de tierra.

Dick contestó a la observación de Darkie:

—Van a tener que remolcar-nos para entrar; aquí no podemos anclar.

—Si es esa la única dificultad, que nos remolque Dan —observó Darkie—. El es, de nosotros tres, el que tiene los pies más grandes...; unos pies muy a propósito para remolcar.

—¿Y te atreves a hablar tú de pies? —replicó Dan, indignado—. Contéplate tú los tuyos, que ocupan la mitad de la cubierta del barco. Además, no sabes lo que dices, negrito. ¿Creías que Dick, al decir remolcar, quería decir meterlo a puntapiés en el puerto?

—¡Callaos ahora! —interrumpió Dick—. La marea está bajando, lo que significa que, si nos descuidamos, nos arrastrará el mar en seguida. Lo mejor es que te echas a nadar y vayas hasta el puerto a buscar alguna lancha que nos remolque.

En aquel momento, Dan gritó, alarmado:

—¡Aho...! ¡Mirad por dónde vais, idiotas! ¡Echate a estribor, Dick!

Al levantar la cabeza Dick, vió a un yate de gran tamaño, que doblaba la curva del canal a toda velocidad. Como el *Lady May* no se movía, Dick no pudo hacer nada por evitar el choque. El timonel del yate viró el timón todo lo aprisa que pudo; pero, aun así y todo, fué tarde, porque la proa afilada del yate se incrustó con tal fuerza en uno de los costados del *Lady May*, que los tres compañeros fueron derribados sobre cubierta al mismo tiempo que se oyó un crujido, causado por el destrozo en el maderamen del barco y un coro de gritos, de susto y de dolor.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —rugió Darkie, poniéndose en pie de un salto—. ¿Dónde creéis que estáis, maletas? ¿Es que no es bastante grande este barco para verlo?

A bordo del yate iban una media docena de hombres, que parecían mejicanos, los cuales, sin parar ninguna atención en los del *Lady May*, empezaron a dar órdenes en voz alta al timonel. Entonces, dieron contravapor a las máquinas del yate, que fué retrocediendo lentamente para separarse del *Lady May*, por el cual entraba el agua rápidamente a través de un enorme boquete que el otro le había abierto en el costado.

Los tres compañeros comprendieron que el barco no tenía salvación, pues estaba seriamente destrozado. Darkie echó a correr, y de un salto se plantó en la popa del yate, animando a Dick y a Dan a que hicieran lo mismo; siguieron éstos su ejemplo y quedaron los tres a salvo en la cubierta. Diéronse de cara con un mejicano, bien vestido pero mal encarado. El mejicano llevó la mano derecha al bolsillo de la americana, y Dick supuso que tenía un revólver allí.

—¡Salid fuera de este barco ahora mismo! ¡No tenéis ningún derecho a estar aquí! —exclamó chapurreando el inglés.

—¿Que no tenemos derecho a estar aquí? —exclamó Dick con mezcla de asombro y de indignación—. Lo tenemos y muy grande puesto que usted nos ha echado a pique el barco por un indisculpable descuido. ¿Qué es lo que piensa usted hacer con nosotros?

El mejicano sacó el revólver y contestó amenazadoramente. ¡Si no os vais de este barco inmediatamente, ya os diré lo que voy a hacer con vosotros!

—¡Canastos! Este no es un lugar muy seguro para este niño —exclamó Darkie aparentando miedo. Yo, por lo menos, no me quedo aquí.

Y al decir esto hizo ademán de volverse; pero, con un rápido movimiento, dió un puntapié al mejicano que hizo que se le cayera el revólver de la mano.

—¡Bien por Darkie! —exclamó Dick, saltando sobre el furioso mejicano, y dándole un puñetazo en la barba.

Esto fué el principio de una enconada lucha. Los otros cinco mejicanos y el resto de la tripulación del yate echáronse sobre los tres compañeros con ánimo de tirarlos por la borda; pero no lo encontraron tan fácil.

Dan cogió una escoba y con ella empezó a dar golpes con tan buen resultado que los mejicanos quedaron sorprendidos; pero aún se sorprendieron más todavía cuando los puños negros de Darkie empezaron a maniobrar sobre ellos; uno de la tripulación y dos mejicanos cayeron sobre cubierta y en pocos segundos Dick dió también buena cuenta de otro. El resto de ellos acabó por retirarse en completo desorden y confusión al ver que los tres compañeros no les daban tiempo ni a respirar.

Los dos últimos, que volvieron la espalda, marcharon corriendo por la cubierta.

—¡Eh! Llevaos a éste con vosotros —rugió Darkie, recogiendo a uno de los caídos y empujándolo detrás de ellos. Al mismo tiempo el yate viró y el muchacho aquél resbaló por debajo de la barandilla y cayó al mar.

—¡Jo, jo, jo! —rió Darkie—. ¡Ese va a reunirse con el *Lady May*. ¡Echale un salvavidas, Dan!

Dan arrojó un salvavidas por uno de los costados; el mejicano lo cogió desesperadamente y se metió dentro dentro de él. Pero al tirar Dan para acercarlo al barco, oyó un terrorífico grito de Dick.

—¡Era que en el agua, y a unos metros detrás del mejicano, acababa de aparecer una aleta negra! ¡La aleta de un tiburón que corría hacia el naufragio! Dick se adelantó hasta donde estaba Dan y le ayudó a coger la cuerda y entre ambos tiraron de ella con fuerza.

Para ser suscriptor a PINOCHO sólo hace falta escribir a la Administración enviando el importe de un año (20 pesetas), o de un semestre (10 pesetas), o de un trimestre (5 pesetas).



El tiburón corría con asombrosa rapidez por el agua, y los dos compañeros vieron el brillo de su parte inferior, blanca, cuyas terribles mandíbulas abría para atacar a su víctima. Sin embargo, llegó demasiado tarde, porque, cuando creía coger la presa, el mejicano fué levantado hasta la cubierta.

Un gran recibimiento.

Mientras se desarrollaba toda esta movida escena, ni los tres compañeros, ni los mejicanos (la mayor parte de éstos estaban quejándose de los golpes recibidos), notaron que se acercaba al costado del yate un bote motor con fuerzas de la policía. Los policías subieron a cubierta sin dar explicaciones, haciendo prisioneros a los mejicanos y a la tripulación.

Los tres valientes camaradas se miraron sorprendidos.

—Esto me huele a que estos pollos venían huyendo de la policía. Pero aquí viene el jefe; supongo que no nos arrestará a nosotros también.

Por el contrario, lo que hizo el jefe de policía fué felicitarles por haber impedido que escaparan aquella banda de ladrones que acababa de asaltar un Banco en la ciudad, llevándose una cantidad considerable de valores.

Y añadió:

—Señores: ha sido un acto muy noble y valeroso por parte de ustedes sacrificar su barco para capturar a estos malhechores.

Darkie miró a Dick de reojo haciéndole un guiño. Dick hizo un gran esfuerzo por mantenerse serio, y dijo:

—Me alegro de haberles prestado un pequeño servicio y confío en que ahora recuperará usted todo lo robado.

—¡Ah! Claro que sí. Lo buscaremos ahora que ya tenemos cogidos a los ladrones. En cuanto a ustedes, señores, yo me encargaré de que se les recompense con creces de la pérdida de su barco. Se lo prometo yo, Luis Manuel.

Dicho lo cual saludó a los tres muchachos con mucha cortesía y preguntó a Dick si quería encargarse él de llevar el yate hasta el puerto.

—Sí, señor; con tal de que vaya usted mostrando el camino en el bote.

El bote echó a andar delante con los prisioneros y Dick, Dan y Darkie quedaron solos en el yate. Al llegar al muelle, que estaba atiborrado de gente, entre la que se encontraba el alcalde, se levantó un murmullo de aprobación a la vista del bote y del yate. Ambas embarcaciones quedaron ancladas, y al desembarcar los prisioneros el alcalde se adelantó.

Don Luis Manuel se apresuró a contar la parte heroica que habían tomado aquellos tres muchachos en la captura de los ladrones. El alcalde, al oírlo, se volvió a ellos y les dijo:

—Ya que han perdido ustedes su barco por hacer un servicio a la policía, yo les daré el yate que pertenecía a los bandidos.

Y se fué, seguido de toda la muchedumbre.

—¡Vaya; no hemos salido tan mal parados! - comentó Dick -, porque este yate es mucho mejor barco que el nuestro.

Volvieron los tres a bordo de él y lo examinaron de arriba abajo, enterándose, con gran complacencia, de que estaba muy bien aprovisionado de todo.

Los ojos de Darkie brillaban como dos reflectores.

—¡Esto es cosa buena! Tú, Dan, haz el café mientras yo frío unos huevos. Con una docena por barba será bastante para empezar.

Como ya estaba oscurecido cuando terminaron su fraternal comida, estuvieron sólo un rato sobre cubierta fumando, y en seguida se fueron a acostar.

Cuando llevaban algún tiempo durmiendo despertó a Dick un ruido de alguien que se movía por cubierta. Saltó de la cama, y deteniéndose únicamente para calzar las zapatillas, echó a correr por la escalera arriba, llegando a tiempo para ver a dos hombres que huían, uno de ellos cargado con un bulto grande. A la luz de la luna reconoció Dick en ellos a dos de los mejicanos ladrones que, indudablemente, habían escapado de la cárcel.

—¿Habrían quedado en el yate el dinero y los valores robados en el Banco? —pensó Dick. Entonces bajó corriendo a despertar a sus compañeros. Un minuto más tarde tres hombres en pijama se deslizaban silenciosamente por el muelle en espera de los dos mejicanos. Estos, al llegar al extremo del muelle, doblaron una esquina, y los tres compañeros los vieron montar en un automóvil abierto. Entonces echaron a correr por la carretera detrás de ellos.

Los mejicanos, al verlos, dieron una orden al que conducía, e inmediatamente el automóvil echó a andar. Darkie, que corría desesperadamente, lo alcanzó antes de que pudiera adquirir gran velocidad, y de un salto se montó en la parte de atrás. Los mejicanos, desde dentro, le atacaron salvajemente para echarle fuera; pero Darkie recibía todos los golpes en su dura cabeza, rugiendo de risa porque los bandidos se hacían más daño a sí mismo de lo que le hacían a él.

Cuando el automóvil adquirió mayor velocidad, el negro se sujetó con una mano, acechando la ocasión.

Súbitamente dió un golpe a uno de los mejicanos en la nariz, haciéndole caer para atrás con un alarido de dolor y lastimando en la caída a su compañero.

Antes de que pudieran reponerse del golpe, ya Darkie estaba dentro del coche, y cogiendo los dos por el cuello, les golpeó la cabeza uno contra otro, hasta dejarlos atontados.

—¡Ahora tú para el automóvil, amigo! —gritó el negro al oído del *chauffeur*. Este echó los frenos tan repentinamente que Darkie estuvo a punto de chocar contra el

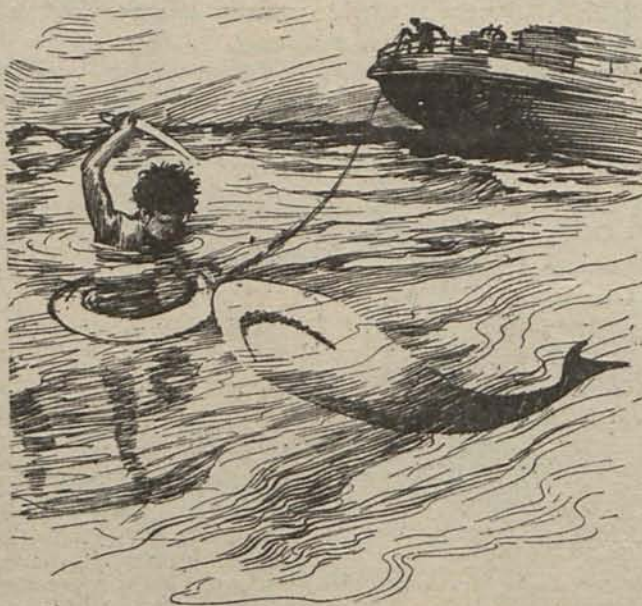
parabrisas, después de lo cual el *chauffeur* saltó por uno de los lados y huyó corriendo como una liebre.

Después de asegurarse de que el paquete con lo robado estaba dentro del automóvil, Darkie ató a los dos prisioneros y volvió con el coche al muelle, donde encontró a sus camaradas.

Poco después el alcalde de Douros se levantaba de la cama despertado por una voz extintórea que gritaba desde la calle. Hecho una furia llamó por teléfono a la policía. Luego salió de casa a ver quién era el que tenía la audacia de turbar su sueño, y encontró a tres hombres en pijama sentados en un automóvil.

—¡Oiga usted, amigo! —gritóle Darkie—. Aquí tiene usted las joyas y valores que han robado en el Banco. Todo ello estaba escondido en nuestro yate, pero nosotros no lo sabíamos. Lo que me parece es que las cárceles de este pueblo están tan bien guardadas como los Bancos. No sé cuántas veces esperará usted todavía que capturemos a esos bandidos.

El alcalde se puso tan contento al recuperar los objetos robados (porque había muchas cosas de él entre ellas) que Darkie, creyendo que el hombre iba a caer sobre él para besarle, echó a correr para el yate.





(Continuación.)

—¡Ya voy! ¡Tente firme! —gritaba el valiente lobo de mar—. Ese perro de Simón me las pagará ahora todas juntas.

No estaría ya muy lejos del joven Roberto cuando una explosión de risa resonó detrás de él. Se volvió rápidamente y oyó que alguien golpeaba el agua a sus espaldas.

—¿Eres tú, Roberto? —preguntó.

Antes de que obtuviese respuesta sintió que dos manos se apoyaban vigorosamente sobre su cintura y le sumergían violentamente bajo el agua.

Vicente comprendió que se trataba del loco. Se dejó sumergir sin oponer ninguna resistencia y después, de un fuerte golpe con los talones y dos brazadas, salió a flote dos pasos más adelante.

Simón, advirtiéndole que se le escapaba su adversario, lanzó un grito de furia y se puso a nadar a su alrededor, hundiéndolo el agua impetuosamente.

Apenas salió a la superficie, gritó Vicente:

—¡Roberto, vete hacia la roca! ¡Déjame libre el paso, no sea que me equivoque y te mate!

—¡No, patrón!

—¡Huye, te digo!

En tanto que Roberto se alejaba, notó Vicente que el esclavo volvía a cogerle. El gigante, en medio de su locura, parecía haber recobrado un rayo de lucidez, pues decía con voz enronquecida:

—¡Ya te tengo, patrón! ¡Ahora te voy a matar para que no me robes mi tesoro!

Después, sus nerbudos brazos se enroscaron al cuello de Vicente.

—¡Déjame o te mato! —le gritó éste.

—¡No quiero!

—¡Ten cuidado, Simón!

—¡Piensa en que vas a morir, patrón! —rugía el loco.

—¡Pues muramos los dos! ¡Toma, canalla!

En medio de aquella espantosa oscuridad, en las tenebrosas aguas, se empuñó una desesperada lucha a muerte entre el loco y el valeroso lobo de mar.

Fuertemente abrazados, ora se sumergían, ora salían a la superficie y volvían a bajar, sin dejar por eso de sujetarse.

Simón no soltaba el cuello de su ex patrón, oprimiéndole con creciente rabia y gritando de vez en cuando:

—¡Vas a morir, Vicente!

El marino, medio sofocado, después de varias tentativas para soltarse, logró con un impulso de ambas piernas elevarse a flote arrastrando a su adversario, y empuñó el cuchillo.

—¡Déjame, Simón! —exclamó medio ahogado.

—¡Vas a morir —repetía el loco.

—¡Te mato!

Levantó el cuchillo y le hundió por completo en el pecho del esclavo.

Este al principio pareció no darse cuenta de haber recibido el golpe, pues no soltó el cuello de su adversario. Al contrario, estrechó aún más su abrazo y oprimiéndole al mismo tiempo con las piernas le hundió consigo bajo el agua. Vicente, sin oponer resistencia se dejó sumergir. De pronto el abrazo de su enemigo se debilitó y se sintió libre.

Pronto salió a la superficie. En el momento en que sacaba la cabeza del agua oyó junto a sí un sordo borboteo, como producido por un cuerpo que se removía y después algo así como una respiración fatigosa.

—¿Todavía eres tú, Simón? —gritó.

Nadie respondió. El loco volvió a desaparecer en los abismos de la mina.

—¡Vicente! ¡Vicente! —gritaban el doctor y Miguel—. ¡Por Dios!, ¿qué te sucede?

—¡Ya se acabó todo! —exclamó Vicente, nadando con rapidez hacia la roca como si tuviese miedo de ver reaparecer al loco.

—¿Y Simón?

—¡Muerto!

—¿Le has matado? —preguntó el señor Bandi.

—¡No he tenido más remedio que hacerlo!

—¡Ven en seguida!

—¿Y Roberto?

—¡Ya está aquí!

Vicente, guiado por la lámpara que brillaba en lo alto de la roca, nadaba rápidamente ansioso de alejarse de aquel lugar y de acercarse a sus amigos. De vez en cuando, sin embargo, volvía la cabeza atrás y miraba hacia las tinieblas figurándose ver que la cabeza del loco le perseguía o creyendo escucharle y sentir que sus férreas manos le agarraban la garganta. El temor le tenía sobrecogido. Cuando llegó a la roca estaba extenuado por completo.

Miguel y Roberto se vieron obligados a bajar para ayudarle a subir a la plataforma.

—¡Por cien millones de merluzas! —exclamó, dejándose caer en el suelo—. ¡Vaya un cuarto de hora! ¡Creí que no volvería a veros más, doctor!

—¿Le has matado?

—Le he plantado el cuchillo en el pecho. Me tenía agarrado de la garganta y no quería soltarme. Me pesa haberle matado, doctor, pero no hubo más remedio. Si hubiese esperado un minuto más me ahoga y no hubiera vuelto. ¡Dios me perdonará!

—Se trataba de tu propia defensa, Vicente. Nadie podrá reprocharte la muerte de ese desgraciado.

—¿Pero, dónde le encontraste, Roberto? —preguntó el patrón.

—¡Junto a la galería —contestó éste—. Apenas me arrojé del montón de carbones desde donde os hacía las señas noté que alguien me seguía. Primeramente supuse que sería Miguel, e iba ya a volver a mi refugio, cuando de pronto sentí que me sujetaban de un brazo y me hundían en el agua. Sólo entonces comprendí que se trataba de Simón.

—¿Y cómo lograste escapar de él?

—Nadando bajo el agua.

—¿Cómo estaría allí ya?

—Quizá intentaba ganar la galería para salir al canal.

—Es muy probable —dijo Vicente—. Pero no hubiera podido salir porque la galería está tapada.

—Os engañáis, patrón —dijo Roberto.

—¿Qué dices?

—Que existe aún en ella un paso.

—¿A través de la galería? —preguntó el doctor.

—Sí, señor Bandi.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la corriente me arrastraba hacia él.

—¿No estaba detenida el agua por ese lado?

—No, señor; corre libremente.

—¿Cómo podríamos conseguir llegar hasta el canal?

—Tendríamos que nadar hasta la desembocadura de la galería —dijo Vicente.

—¿Y luego?

—Se le buscaría.

—¿Y si se nos apaga la lámpara antes de encontrarlo?

Un estremecimiento sacudió los cuerpos de los cuatro desgraciados.

—¿Qué sería de ellos si aquella pequeña llamita se les apagara? ¿Cómo hallar el camino entre aquella horrible oscuridad? ¡Qué terrible situación!

Vicente rompió aquel penoso silencio.

—Señor Bandi —dijo con acento resuelto—; intentemos hacerlo. Si nos quedamos aquí, nuestra situación no mejorará por eso.

—¿Vos sois, además, un excelente nadador?

—Cuatro o cinco millas no me espantan.

(Continuará en el número próximo.)



BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASID

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¿Cómo que en qué me perjudica? —exclamó con viveza Básım—. Soy un pobre, sin otro oficio que el de herrero y sin recursos para pasar estos siete días. ¿De qué voy a comer?

—¡Hermano! —replicó con calma el bañero—. ¿No sabes tú que el que ha creado los dientes les ha garantizado también los medios de subsistir? No te enfades más. ¡Dios proveerá! Te voy a proporcionar otro oficio hasta que los herreros vuelvan a abrir las fraguas.

—Si yo no conozco otro oficio —insistió Básım.

—Ven, quítate esa ropa y quédate conmigo en el baño; tú me ayudarás y yo te daré una parte de mis propinas y te enseñaré el oficio de bañero; si luego te gusta, sigues conmigo; si lo prefieres, te vuelves a la fragua.

—Acepto —dijo Básım—. ¡Dios aumente tu bienestar!

Entró con él al baño, se quitó la ropa y se puso a trabajar al lado del bañero, llevándole y trayéndole las toallas; así le ayudó hasta la tarde, en que se vistieron, subieron y se repartieron las ganancias; a Básım le tocaron veinte monedas de plata.

—Por Dios —exclamó el herrero muy contento—, que los derviches astrólogos llevaban razón y no eran unos charlatanes, como yo me temía. Dios me ha dado mayores medios de vida: de cinco me ha aumentado a veinte.

Se fué a comprar carne por valor de cinco monedas, pan por otras tantas, sandías también por cinco, y *haxix* por dos. Lo puso todo en un cesto, y el resto de la cantidad lo gastó en pimienta, azafrán, velas, leña y otras cosas.

—Estoy en el deber —se dijo— de honrar lo que pueda a mis huéspedes los derviches, porque ellos son, sin duda, la causa de que Dios haya mejorado mi situación.

Y se fué en seguida a su casa, guisó la comida, preparó el mantel y se sentó, esperando que llegaran sus invitados.

El Califa Harún Arraxid, por su parte, llamó a su presencia a Cháfar y a Mesrur, y dijo:

—Visir, vamos a cambiarnos de traje para ir a ver a nuestro buen amigo Básım el herrero.

—¡Príncipe de los creyentes! —contestó Cháfar. ¿Con qué cara nos recibirá y cómo lo encontraremos nosotros? Tú le pronosticaste la felicidad y has dado orden a los pregoneros públicos de anunciar el cierre de las fraguas durante siete días. Naturalmente, él ha debido estar hoy sin trabajo y fastidiado por la vacación forzosa y por su completa falta de recursos; con seguridad que esta noche está dado al demonio. El nos prometió ayer que, si no mejora su fortuna y Dios no aumenta sus medios de vida, nos propinará a cada uno una paliza soberana. No debemos ir a su casa, Príncipe de los creyentes, porque este hombre es un loco, un borracho, un pendenciero, y no puede nadie estar seguro con él.

—Por mi vida —exclamó el Califa—; es preciso que vayamos esta noche a su casa; así lo convinimos y hemos de darnos esta alegría.

—¿Y si nos tunde las costillas a palos? —preguntó Cháfar.

—Pensaré en nosotros Aquél que nos ha creado —contestó con parsimonia el Califa— y hará que nos resulte dulce lo que El nos destina.

—¡Dios nos basta —exclamó el visir con forzada resignación— y El es el mejor abogado!

Se cambiaron, pues, de ropa y salieron del palacio: a los pocos instantes llegaban los tres a casa de Básım el herrero.

—¡Cháfar —ordenó el Califa— llama a la puerta!

Dió el visir un aldabonazo, aunque con gran miedo. En seguida apareció Básım en la ventana, y dijo:

—¡Bienvenidos! ¡Que la noche sea para vosotros más blanca que la leche! Esperad un momento que os abra.

—Me parece —dijo Cháfar— que la noche va a ser para nosotros como el carbón; éste por blanco entiende negro.

—Confiemos en Dios —exclamó el Califa.

Mientras tanto, Básım abría la puerta y los recibía con la más dulce de sus sonrisas:

—¡Bienvenidos seáis, astrólogos! Por Dios, que sois perspicaces y que sabéis leer en las estrellas.

—¡Dios mío! —dijo Cháfar discretamente al Califa—; nos finge seguridad para que entremos en su casa. Ten cuidado con lo que intenta hacernos esta noche.

—Si algo nos tiene preparado el Destino, dejémosle seguir su curso —contestó el Califa.

Entraron, al fin, y vieron al hombre con dos bujías encendidas, y delante de él una cazuela con *haxix* verde; sobre el fuego, la olla, que hervía a borbotones, despidiendo un olor agradable; los manteles, extendidos, con el pan blanco encima de ellos. Todos se sentaron.

—Celebro mucho vuestra llegada, ¡oh astrólogos! —dijo Básım—. Sois, ¡vive Dios!, muy astutos. Aquí tenéis vuestra comida; hacédle los honores. ¡Bienvenidos!

Se pusieron a cenar hasta que no quedó nada, y se hartaron.

—¡Hombre, Básım! —dijo como distraído el Califa—. Hoy hemos sabido que el Sultán ha ordenado cesar en el trabajo a todos los herreros y nos hemos acordado de ti.

—A mí no se me da nada de este maldito alcahuete —dijo con bravuconería Básım—, lo mismo si ordena pregonar sus decretos que si le da un dolor de tripas. Dios es quien nos sustenta y El, nuestro Señor, se ha dignado aumentar hoy mis medios de vida de cinco a veinte. Pero vosotros, astrólogos, si que habéis tenido suerte, porque si hoy me llevo a tropezar con vosotros, os hago papillas con mi bastón.

—¿Por qué, valiente? —preguntó el Califa.

—Os diré la verdad —repuso Básım—. Cuando fui a la fragua y me enteré de la orden pregonada por el Sultán, mandando siete días de vacación, me sentó muy mal y os tomé por unos charlatanes mentirosos. Corrí en busca vuestra, y si os hubiera cogido entonces, furioso como estaba, os hubiera apaleado hasta haceros echar los pecados del cuerpo; pero vuestra buena estrella ha podido más.

—¡Gracias a Dios que no nos has encontrado! —exclamó el Sultán—. Cuenta, cuenta qué te ha sucedido después.

—Conforme yo os iba buscando —continuó Básım—, acerté a pasar por la puerta de un baño y vi a un amigo mío que estaba empleado allí. Me preguntó qué me pasaba, se lo conté y me invitó a que entrara a ayudarlo. Me decidí, él me fué enseñando y en seguida aprendí el oficio de bañero. Mi parte de propinas ha llegado a veinte monedas de plata. ¿Qué me importa a mí que los pregoneros echen bandos o que se estén llamados? ¡Dios les tape la boca! De aquí en adelante seré bañero, y, mientras viva, no dejaré este oficio.

—Tal vez el Califa mandará mañana pregonar que se cierren los baños, y se cerrarán —insinuó con cierta ironía el soberano.

—Si esto sucede —dijo resuelta y seriamente el herrero— os buscaré por todo Bagdad, y en donde os encuentre os magullaré el cuerpo a palos, os sacaré los ojos, os maldeciré.

—¡No hay fuerza ni poder, sino en Dios, el alto, el poderoso! —exclamó Cháfar asustado—. ¿Qué sacamos de esta disputa, en la que no se ve nada bueno? ¡Cortemos esta conversación!

—Amigo —dijo Básım a Cháfar—, tú pareces ser hombre discreto, pero tu compañero tiene mala pinta. Merece que yo le dé una paliza que lo cruja y que le eche de aquí a patadas.

Y diciendo y haciendo, se quedó mirando fijamente al Califa, con la estaca en alto y amenazando darle con ella. Cháfar y Mesrur se pusieron delante de Básım, diciéndole:

—¡Baja las manos! Este se chancea contigo.

(Continuará en el número próximo.)

EL TESORO DE ALÍ DEL CAIRO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Continuación.)

«Abrela para que yo la vea», insistí yo, pensando para mis adentros: «Esto es lo que yo deseo: pasar aquí la noche y a la mañana amanecer muerto; así descansaré de la triste situación en que me encuentro». Al fin abríome y me encontré con una casa grande, sin igual. «Yo escojo esa casa», dije al siervo; «dame las llaves». «No te las daré», me respondió, «sin consultar con mi señor.»

Y el esclavo se dirigió a casa de su señor, y le dijo con espanto:

—¡Señor! El comerciante Alí, del Cairo, dice que no habitará más que en la casa grande.

El dueño de la casa, al saber aquello, fué, sin pérdida de tiempo, a ver a Alí, y le dijo:

—¡Señor, tú no tienes necesidad de esta casa!

Pero Alí replicó con firmeza:

—No habitaré en otra ninguna, y no me inquieto por tales palabras.

Y el dueño, viendo la decisión de Alí, le dijo:

—Escribe un documento por el cual conste la determinación voluntaria, para que si te sucede algo, no resulte yo complicado en el asunto.

—Sea —contestó Alí.

E inmediatamente el comerciante trajo los testigos de la Sala del juez, escribió un documento en que constaba la libre decisión de Alí, y cuando tuvo el papel en la mano, entregó las llaves de la casa de los duendes; y luego envióle un colchón por medio de un esclavo, que lo dejó, por miedo, sobre el banco que había detrás de la puerta y se volvió corriendo.

Alí entró en la casa y vió un pozo en el patio, y sobre el pozo, un cubo; sacó agua, lavóse con ella e hizo sus abluciones, y después se sentó un rato. Un esclavo vino de casa de su señor, el dueño de la casa, y le trajo comida y, además, un candil, una vela y un candelero, una escudilla, una jarra y una botella; dejó todo y marchóse a casa de su señor. Encendió Alí la vela y cenó tranquilamente; después de descansar un rato, hizo la oración de la noche y se dijo en su interior: «Levántate, sube al piso de arriba, coge el colchón y duerme allí, que estarás mejor que aquí.» Y como lo pensó lo hizo, subiendo al piso alto, que halló ser un suntuoso salón: sus techos eran dorados, sus pisos y paredes de mármoles de colores. Tendió su colchón en el suelo, echóse en él y se puso a leer en el Alcorán sublime. Y de pronto oyó una voz que decía:

—¡Oh Alí! ¡Oh hijo de Hasán! ¿Haré que caiga sobre ti el oro?

—¿Dónde está el oro que tú echas? —preguntó Alí al misterioso personaje.

Y apenas hubo dicho estas palabras, empezó a caer el oro, como si lo enviaran con una catapulta, y no cesó aquella extraña lluvia hasta que no se llenó la habitación. Y cuando terminó de caer oro, el personaje oculto apareció y dijo:

—Líbrame para que pueda ir por mi camino, pues ya he terminado mi trabajo.

—¡Te conjuro por el nombre de Dios el Altísimo —le dijo Alí— a que me digas la causa de esta lluvia de oro!

—Este —contestó el desconocido— estaba reservado para ti desde los tiempos antiguos en virtud de cierto talismán. A todo el que entraba en esta casa, yo le decía: «¡Oh Alí! ¡Oh Hijo de Hasán! ¿Hago descender el oro?» Y todos temían al oír mis palabras y empezaban a gritar; yo, entonces, bajaba y les cortaba el cuello y partía. Cuando tú has llegado y te he gritado por tu nombre y por el de tu padre, y tú me has contestado tranquilamente: «¿Dónde está el oro?», he conocido

que tú eras el dueño de esta riqueza y te la he entregado. Ahora te digo que aún te queda otro tesoro en la tierra del Yémen: si quieres dirigirte allá y apoderarte de él y luego vuelves aquí, yo seré tu mejor amigo. Ahora deseo que me otorgues la libertad para que pueda ir adonde me plazca.

—Por Dios, que no te soltaré —le contestó Alí—, sino cuando me hayas traído el tesoro que dices está en tierras del Yémen.

—Si lo traigo —le preguntó el desconocido—, ¿me darás la libertad y se la darás también al guardián de aquel tesoro?

—Sí —respondió Alí.

—Júramelo —insistió.

Alí lo hizo y el desconocido decidióse a marchar; pero el del Cairo le dijo:

—Todavía me queda una cosa que encargarte.

—¿Cuál?

—Yo tengo a mi esposa y a mis hijos en el Cairo, en el lugar tal: te exigo que me los traigas, felizmente y sin causarles daño alguno.

—Te los traeré, si Dios quiere —contestó el misterioso personaje— con un cortejo de príncipes, montados en rica litera, acompañados de esclavos y sirvientes, en unión del tesoro que te guardamos en el Yémen.

Y después, pidiéndole de plazo tres días para reunir con él a su familia, se marchó.

Cuando amaneció, Alí buscó en el salón un sitio a propósito donde guardar el oro: vió una losa de mármol en un extremo de la portada del salón, en la cual había un resorte; movió este resorte, y se apartó la losa de mármol, dejando al descubierto una puerta. Abrióla y entró, encontrándose una alhacena grande en la cual había sacos de lienzo, cosidos. Cogiólos, llenólos de oro, y los metió en la alhacena hasta que quitó de la habitación todo el oro. Movié otra vez el resorte y la losa de mármol volvió a su primitiva posición. Luego descendió al piso de abajo y sentóse tranquilamente en el banco que había detrás de la puerta.

Al poco rato, alguien llamaba. Levantóse Alí, abrió y halló ser un esclavo del dueño de la casa.

Así que el siervo vió a Alí sentado, sano y salvo, co-





riendo se fué a dar cuenta a su señor.

—¡Señor! ¡Señor! —le dijo atropelladamente—. El comerciante que ha dormido en la casa de los dueños, está bueno y sano, sentado en el banco de la puerta.

El dueño de la casa, muy regocijado por la noticia, se dirigió con presteza a ver a Ali, llevándole también el almuerzo. Apenas se encontró con él, lo abrazó y lo besó en la frente.

—¿Qué ha hecho Dios contigo? —le preguntó.

—Bien, bien —le contestó—. He dormido en el piso de arriba, en la sala pavimentada de mármol.

—¿Ha venido alguien o has visto alguna cosa extraña?

—Nada —respondió Ali—. Leí todo el tiempo que pude el Alcorán sublime, y luego dormí hasta llegar la mañana. Me he levantado, he hecho mis abluciones y mis oraciones y he bajado después a sentarme un rato aquí.

—¡Glorias sean dadas a Dios por tu salvación! —exclamó el comerciante.

Y, despidiéndose de él, se marchó y le envió siervos y criados y enseres de casa; barrieron todas las habitaciones de alto a abajo, colocaron muebles y adornos magníficos, y, quedándose a su servicio seis criados, los restantes se marcharon a casa de su señor.

Así que la noticia llegó a conocimiento de los comerciantes de la ciudad, enviaron regalos a Ali de las cosas más delicadas, hasta comestibles, bebidas, vestidos; lo rodearon en el zoco, preguntándole:

—¿Cuándo viene tu cargamento?

—Dentro de tres días entrará en la ciudad —les contestaba.

Efectivamente, a los tres días se le presentó el genio del tesoro, el que había hecho llover el oro en la habitación, y le dijo así:

—¡Señor! Levántate y sal al encuentro del tesoro que te he traído del Yémen. Tu mujer y los que custodian las riquezas que vienen para ti de aquellas regiones, los verás en figura de grandes comerciantes, y todas las mulas, caballos y camellos, esclavos y sirvientes, son genios.

(Había sucedido que aquel genio fué al Cairo, donde encontró a la mujer e hijos de Ali desnudos y atormentados por el hambre. Los sacó del lugar en que estaban, colocándolos en una litera, y los llevó a las afueras del Cairo, vistiéndolos con ropas espléndidas que pertenecían al tesoro del Yémen.)

Ali, apenas oyó lo que el genio le decía, se fué a ver a los comerciantes de la ciudad y les dijo:

—Venid conmigo, salid a las afueras de la ciudad para recibir a la caravana en la que vienen mis mercancías, y honradme llevando con vosotros a vuestras mujeres para que salgan al encuentro de la mía.

Aceptaron ellos la invitación y, reunidos con sus esposas, salieron todos a un jardín de las afueras, donde se sentaron a charlar durante la espera. De pronto vieron una densa polvareda en medio del desierto; observaron de dónde provenía aquello. Disipóse la nube y vieron que la causaban mulas, criados, camelleros y hombres que llevaban tiendas, que se

aproximaban cantando y bailando. Adelantóse el jefe de los camelleros, se acercó a Ali el del Cairo, el hijo del comerciante Hasán el joyero, le besó respetuosamente la mano y le dijo:

—¡Señor! Nos hemos retrasado en el camino, pues nuestra intención era llegar ayer; pero temimos que alguna banda de salteadores intentara cortar nuestro camino, por lo cual hemos pasado cuatro días en nuestro refugio, hasta que Dios se ha dignado alejar tal peligro de nosotros.

La caravana reanudó su marcha. Los comerciantes, montados en sus mulas, iban acompañando, y detrás de todos, las mujeres rodeaban a la esposa de Ali el del Cairo. Formando una magnífica comitiva, entraron en la ciudad. Los comerciantes se quedaron atónitos al ver tantas mulas cargadas y tantas cajas. Las mujeres de los comerciantes se admiraban de la riqueza y del lujo de los vestidos que llevaban puestos la esposa y los hijos de Ali, diciendo que como aquéllos era imposible encontrarlos en poder del rey de Bagdad, ni de ningún rey del mundo, ni de ningún comerciante, por rico que fuera. Siguió avanzando la comitiva, en la cual Ali iba rodeado por los hombres y su esposa por las mujeres, hasta que al fin llegaron a la casa.

Se apearon todos y metieron las mulas con sus cargas en medio del patio; descargaron luego y almacenaron los géneros. Las mujeres subieron con la esposa de Ali al salón, que lo encontraron convertido en jardín, amueblado con el gusto más exquisito. Sentáronse y pasaron alegres y contentas hasta el medio día. Subiéronles la comida, compuesta de los más delicados alimentos y de los más finos dulces. Comieron, bebieron excelentes refrescos y, al final, se perfumaron con agua de rosas y con incienso. Luego, despidiéndose de los dueños de la casa, se marcharon los hombres y las mujeres, y así que

llegaron a sus domicilios, enviaron a Ali regalos riquísimos cada cual según su condición. Las mujeres también mandaban a la de Ali de todas las cosas; de modo que llegó a reunir esclavas y esclavos blancos y negros, granos, azúcar y otras riquezas imposible de calcular.

El comerciante de Bagdad, dueño de la casa en que vivía Ali, se quedó a su lado y no lo abandonó un momento, y le dijo:

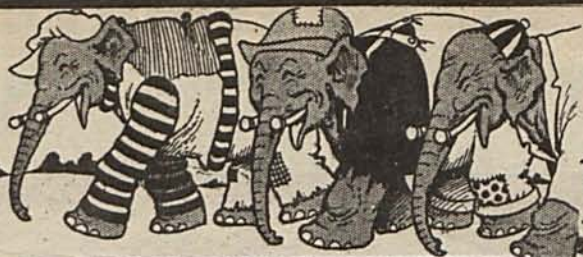
—Deja a los esclavos y a los sirvientes que entren las mulas y las demás bestias en una de las casas para que descansan.

—Ellos se van a ir —replicó Ali— a dormir esta noche a tal sitio.

(Continuará en el número próximo.)

Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 pesetas), o un trimestre (5 pesetas).

VENID CONMIGO
QUE NOS VAMOS
A DIVERTIR MU-
CHO.



COLORÍN Y SU PANDILLA

¡HOMBRE,
HAY ELEFAN-
TES EN EL
CIRCO! AHO-
RA MISMO
ME VOY A
VERLOS.



¡ALLÍ ES-
TÁN!



OIGA ¿QUIE-
RE QUE LE
TRAIGA AGUA
PARA LOS
ELEFANTES?

SI, HOMBRE, SI.

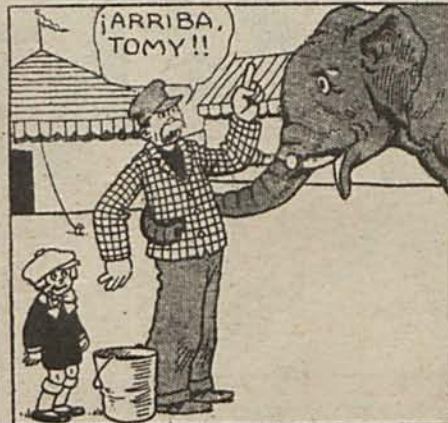


AQUÍ TIENE
USTED. YO QUIE-
RO VER AHORA
COMO LO LEVAN-
TA A USTED
CON LA TROM-
PA

SI, HOMBRE,
FIJATE.



¡ARRIBA,
TOMY!!



¿VÉS QUE
FÁCIL?

ES ESTU-
PENDO.



AHORA VERÁS
COMO TE LEVAN-
TA A TI.
¡ARRIBA,
TOMY!



¡VAYA PISTO QUE
ME VOY A DAR CON
LOS AMIGOS CUAN-
DO LES DIGA QUE
ME HE HECHO DO-
MADOR DE ELEFAN-
TES!



¡QUE BO-
LA NOS
ESTÁ CON-
TANDO!

¡ESO
LO HAS
SOÑA-
DO!

¡NOTE
CUELES,
COLORÍN!

¡AH!
¿MOLO
QUEREIS
CREEN?
PUES VE-
NID Y LO
VEREIS

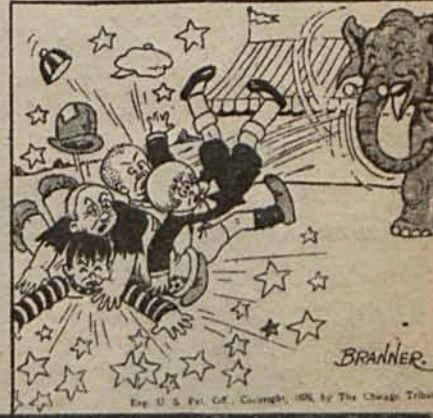
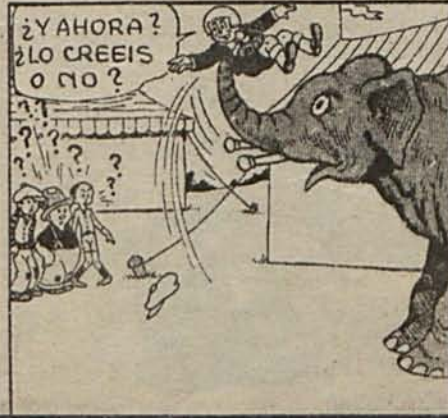


NO PASE-
MOS DEAQUI
POR SI
ACASO

BUENO, NO ES-
TÁ EL DOMA-
DOR PEROS
IGUAL
¡ARRIBA
TOMY!



¿Y AHORA?
¿LO CREEIS
O NO?



BRANNER

Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1936, by The Chicago Tribune.



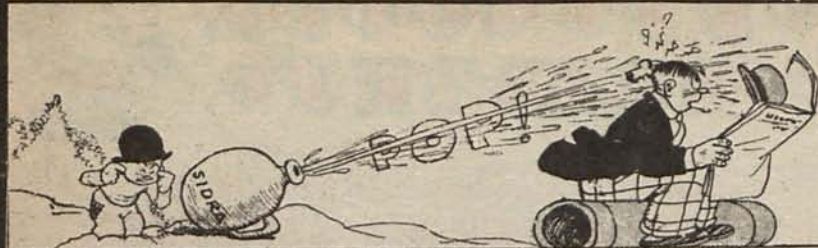
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.





POTIPÁN Y CAÑAMÓN

¡QUÉ MALA SUERTE LA MIA, POTIPÁN! HA TRAÍDO MI SUEGRO UNA CANTARA DE SIDRA Y NO ME LA DEJA PROBAR MI MUJER PORQUE DICE QUE ME HACE DAÑO

NO TE APURES. VERÁS COMO ME HAGO YO CON ESA CANTARITA



¡CARAMBA, POTIPÁN! ¿QUÉ A TIEMPO LLEGA USTED! FIGURESE QUE MI PADRE HA TRAÍDO UNA CANTARA DE SIDRA PARA MI MARIDO ¡CON EL DAÑO QUE LE HACE LA BEBIDA! ¿QUÉ LE PARECE A USTED?

PUES QUE NO DEBE NI PROBARLA; ¿Y QUE HA HECHO USTED DE LA CANTARITA?



SE LA HE DADO AL BOTONES PARA QUE LA TIRE.

¡NATURALMENTE! BUENO, ME VOY PORQUE TENGO MUCHA PRISA.



Y NO SE TE OCURRA COMPRAR MÁS SIDRA!

OYE, NEGRITO. TRAE ACÁ ESA CANTARA, QUE LA SEÑORA SE HA EQUIVOCADO.



NO ME HA SALIDO MAL LA JUGARRETA.



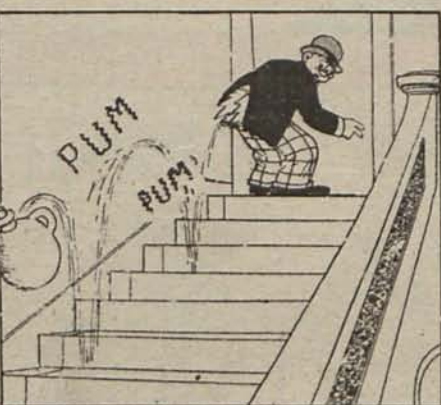
POTIPÁN, ¿QUIERE VER SI ESTÁ MI BOLSO POR LA ESCALERA? SE ME HA PERDIDO.

¡NO FALTABA MÁS!

NOS SENTAREMOS UN POQUITO.



AQUÍ ESTÁ, CARAY QUE RUIDO MÁS EXTRAÑO!



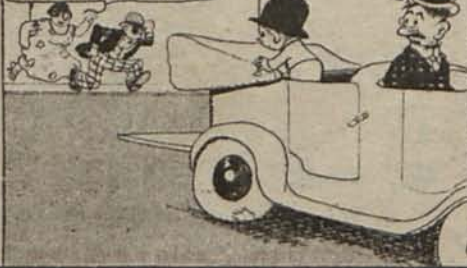
¡CUIDADO, PAPA!

¿QUÉ DICES?



ANDE, SIN VERGÜENZA, Y ENSEÑELE A MI MARIDO ESA CARA PARA QUE SE DE CUENTA DE COMO LE VOY A PONER LA SUYA EN CUANTO VUELVA

OYE, CAÑAMÓN. VAMOS A PONERPIES EN POLVOROSA, PORQUE POR ALLÍ VIENE MI CARA MITAD HECHA UNA FIERA



¿QUÉ QUIERE DECIR ESO DE CARA MITAD?

PUES QUE DE LAS BOFETAS QUE ME VAA DAR MI MUJER, QUEES MI CARA MITAD ME VAA DEJAR CON LA MITAD DE MI CARA.



EL TEATRO DE PINOCHO

EL CALIFA CIGÜEÑA

COMEDIA EN TRES ACTOS, DIVIDIDA EN CUADROS, SOBRE UN CUENTO DE GUILLERMO HAUFF

(Continuación.)

CALIFA. Como quieras. De todos modos, buscaremos en ellas un sitio seco. Vamos.

VISIR. ¡No! ¡No! Yo no entro ahí.

CALIFA. ¿Por qué?

VISIR. Amo y señor, ¡ojalá no sea más que una estupidez de un Gran Visir, y mucho más de una cigüeña, el temer a los duendes! Pero...

CALIFA. ¿Qué pasa?

VISIR. Que me parece haber oído un suspiro ahí cerca...

CALIFA. ¡Vamos! Tú ves visiones.

VISIR. Yo no veo nada. No hago más que oír..., y me parece...

CALIFA. Me parece que estás delirando... *(Se oye claramente un llanto de mujer.)*

VISIR. *(Muy asustado.)* ¿No oyes?

CALIFA. Es verdad. Vamos a ver quién es.

VISIR. ¡No! ¡No te expongas a nuevos y desconocidos peligros! Vámonos de aquí. Tengo miedo.

CALIFA. Debajo de estas plumas de cigüeña, conservo todavía un corazón animoso. Más de lo que me ha sucedido, no puede sucederme. Vamos adelante.

VISIR. ¡Me veo hecho picadillo!

(Se adelanta el Califa-cigüeña hacia el arco, por donde aparece una enorme lechuza.)

LA LECHUZA. Bien venidas seáis, cigüeñas. Sois una señal segura de mi salvación, pues hace algún tiempo que me profetizaron que por medio de cigüeñas había de recibir una gran alegría.

VISIR. ¡Qué extraño! ¡Habla como una verdadera persona!

CALIFA. Lechuza: según tus palabras, tengo que pensar que eres una compañera de desgracia. Pero, ¡ahl, tu esperanza de recibir la salvación por nosotros es vana. En cuanto oigas nuestra historia, te convencerás de que es imposible.

VISIR. Eso es verdad. Nuestra historia es terrible. Dan ganas de llorar.

LECHUZA. Venid por aquí. Está anocheciendo. Conozco un lugar de estas ruinas que está muy resguardado. Allí podemos pasar la noche y contarnos nuestras penas. Vamos.

CALIFA. Empezaré yo.

LECHUZA. Como quieras. Por el camino puedes contar. Te escucharé.

VISIR. Verás cómo te da mucha pena de nosotros. Es una historia muy triste...

CALIFA. Yo soy Chasid, Califa de Bagdad... *(Van saliendo, a tiempo de decir estas últimas frases.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Otro lugar de las ruinas del cuadro anterior. Es de noche. El Califa, el Visir y la Lechuza están reunidos. El primero, acaba de contar su historia.

EL CALIFA CHASID. Ahora, dime si no somos desgraciados bajo este horrible disfraz...

EL GRAN VISIR. Dínos si no es terrible esto de tener las patas tan largas...

LA LECHUZA. Escuchad mi historia y veréis cómo no soy menos desgraciada que vosotros. Mi padre es el rey de la India, y yo, su única hija. Me llamo Susa. El brujo hechicero Kaschnur, que os ha encantado a vosotros, ha sido el causante de mi desdicha. Llegó un día al palacio de mi padre y me pidió en matrimonio para su hijo Mizra. Pero mi padre, que es un hombre violento, lo arrojó por las escaleras abajo.

VISIR. ¡Bien hecho!

LECHUZA. Pero el miserable supo deslizarse hasta mí, oculto con un disfraz, y cuando yo estaba en mis jardines tomando el fresco, me sirvió, vestido de esclavo, una bebida que me hizo convertirme en lo que veis.

CALIFA. ¡Qué miserable!

VISIR. Menos mal que a nosotros nos ha convertido en cigüeñas. Al fin y al cabo es más bonito.

LECHUZA. Desmayada por el susto, me trajo aquí y me dijo al oído, con voz terrible: «Así permanecerás, fea, despreciada por los mismos animales, hasta el fin de tus días o hasta que alguien, de buena voluntad, te tome por esposa en esta misma figura. Así me vengo de ti y de tu orgulloso padre.»

VISIR. ¡Qué brujo más infame! ¿Y cuándo ha sucedido esto?

LECHUZA. Hace muchos meses. Desde entonces, vivo triste y sola como un ermitaño entre estos muros, aborrecida por el mundo, siendo el horror de los mismos animales. Para mí está vedada la hermosa naturaleza, pues de día no veo, y únicamente cuando la luna extiende su pálida luz por el mundo es cuando desaparece el velo de mis ojos. *(Llora.)*

VISIR. ¡Pobre señora! ¿Ha probado usted a usar gafas? Porque, a lo mejor, eso...

CALIFA. Si no estoy completamente equivocado, en nuestras des-

gracias hay alguna relación oculta. Pero, ¿cómo hallar la clave de este misterio?

LECHUZA. Señor, yo también sospecho lo mismo, pues en mis primeros años, una hechicera me predijo que una cigüeña me traería una gran felicidad. Quizá pueda encontrar la manera de que nos salvemos...

VISIR. ¡Hombre, si! Piense usted, a ver...

CALIFA. ¿En qué piensas?

LECHUZA. Veréis. El hechicero que causó nuestras desgracias viene todos los meses a estas ruinas. No lejos de este aposento, hay un salón. En él acostumbra a comer con varios compañeros. Muchas veces los he observado. Se cuentan unos a otros sus hazañas, y tal vez digan en sus relatos la palabra mágica que habéis olvidado.

CALIFA. ¡Oh, querida princesa! Dime cuándo viene y cuál es el salón.

VISIR. ¡Eso, eso! ¡Que se sepa!

LECHUZA. No lo tomes a mal; pero solamente con una condición puedo acceder a vuestro deseo.

CALIFA. ¡Habla! ¡Habla!

LECHUZA. No habéis podido llegar más oportunamente, pues hoy es probable que se celebre la reunión de los brujos. Puedo ir a oírles y veniros a decir cuanto hayan contado...

VISIR. Perfectamente. Puedes ir. Aquí te esperamos.

LECHUZA. Pero, como es natural, yo deseo verme libre también. No os diré nada, si uno de vosotros no me otorga su mano.

VISIR. ¡Hum!

CALIFA. Bien. Tú ve y procura no perder una sílaba. Aquí te esperamos.

LECHUZA. Seré feliz si puedo traerlos en el pico la palabra mágica. *(Vase.)*

CALIFA. Bueno, ya sabes, Visir. Te tienes que casar con la lechuza.

VISIR. ¿Quién? ¿Yo?

CALIFA. Comprendo que no es un buen negocio, pero...

VISIR. ¡Vamos, hombre! ¡Cualquier día me caso yo con la lechuza! ¡Para que cuando vuelva a casa mi mujer me saque los ojos!

CALIFA. Pues algo hay que hacer. Así no podemos seguir.

VISIR. Además, yo soy un viejo. Tú eres joven y soltero. No veo, pues, inconveniente para que des tu mano a una joven y hermosa princesa...

CALIFA. ¿Cuánto tiempo ha dicho que llevaba así?

VISIR. Muchos meses. Pero eso no tiene que ver. Los meses son muy cortos.

CALIFA. Entonces, ¿por qué dices que sea joven y hermosa? Esto se llama comprar un gato metido en un saco.

VISIR. ¡Es verdad!

CALIFA. Anda, Visir simpático. ¿Por qué no te casas tú con la lechuza?

VISIR. No, no. Eso es una broma demasiado pesada.

CALIFA. Pero ¿no ves que sino no nos dice la palabra que hemos olvidado?

VISIR. Yo, por mi parte, prefiero continuar cigüeña a casarme con la lechuza.

CALIFA. Está bien. No eres capaz de hacer un favor...

VISIR. ¡Caray con el favor!

CALIFA. Bueno. Me casaré yo. ¡Qué se le va a hacer!

VISIR. Bien pensado.

CALIFA. Pero como resulte vieja y fea, hazte cuenta de que mando que te empalen.

VISIR. ¡Pues quiera Alá que sea un sol de hermosura la tal lechuza, porque sino...!

(Entra la lechuza.)

LECHUZA. ¿Lo habéis pensado ya?

CALIFA. Sí; yo me caso contigo.

LECHUZA. ¡Oh felicidad! Entonces estamos salvados.

CALIFA. ¿Sabes ya la palabra mágica?

LECHUZA. Veréis! Estaban todos los brujos reunidos. Uno de ellos era el que os vendió los polvos mágicos. Su vecino le rogó que contara sus últimas hazañas. Entre otras, ha contado la vuestra.

VISIR. ¿Y ha dicho la palabra?

LECHUZA. Sí; se la preguntó un compañero.

CALIFA. ¿Y cuál es?

LECHUZA. ¡Mutabor!

VISIR. ¡Es verdad! ¡Con lo fácil que es, haberla olvidado! ¡Porque hay que ver que es fácil...! ¿Cómo es? Se me acaba de olvidar otra vez... Mu..., mu...

LECHUZA. ¡Mutabor!

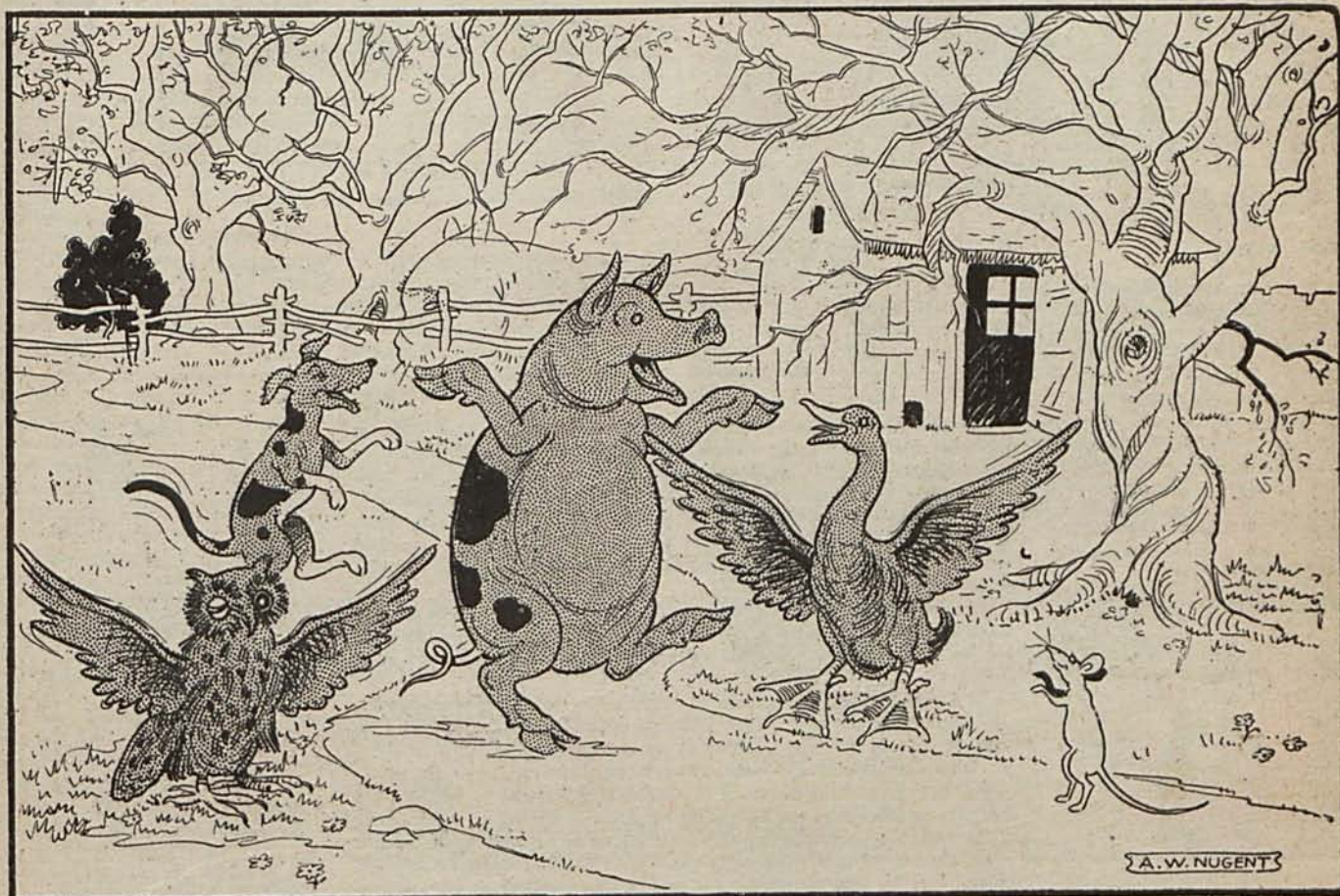
(Continuará en el número próximo.)

Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 pesetas), o un trimestre (5 pesetas).



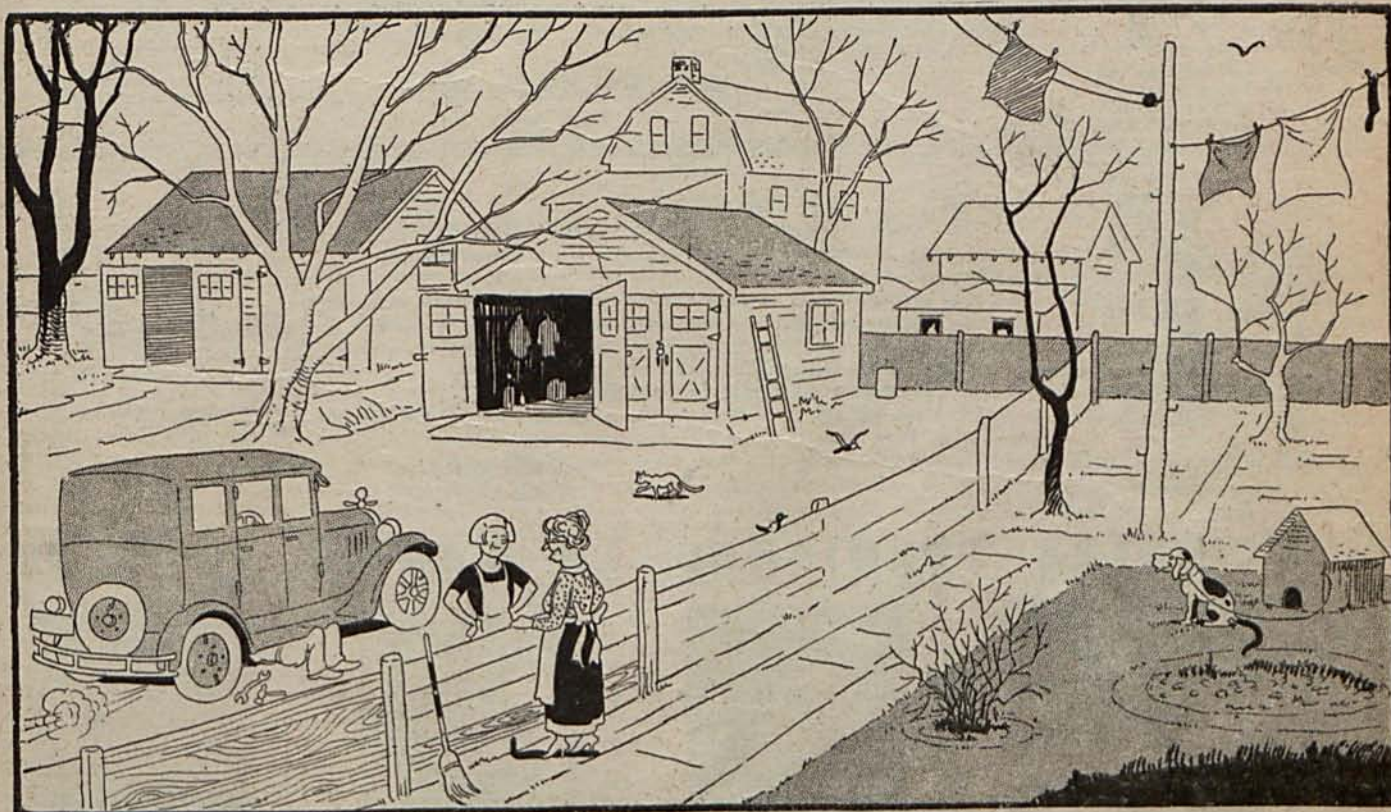
CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

UN CONCIERTO EN LA GRANJA



El granjero ha ido a la próxima aldea a comprar provisiones para el invierno. Los animales se han dado cuenta de que están solos, y el cerdo que precisamente porque lo hace muy mal presume de buen cantante, ha invitado al perro y al ganso a un concierto que piensa dar. Ya está el cerdo cantando y bailando; al oír la algarabía se aproximan y toman parte en el festival una rata y un mochuelo. Indignados por los gruñidos del cerdo, contemplan el espectáculo dos jilgueros, y dos gatos esperan el momento de comerse a la rata. ¿Dónde se esconden los pájaros y los gatos?

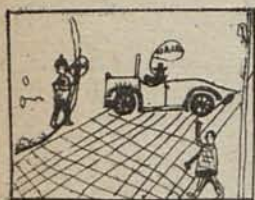
¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



En este dibujo hay doce errores. El dibujante, como comprenderéis, lo ha hecho de memoria y ha incurrido en la mar de disparates. Uno de ellos es el dibujar un «auto» con el motor en marcha, estando el chófer arreglando una avería. ¿Cuáles son los otros once errores o disparates?

COLABORACION PINOCHISTA

CHISTES



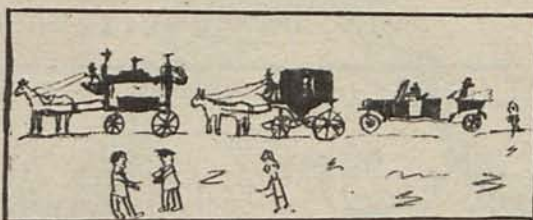
—¡Papá! ¿Me llevas en «auto»?
—¡Hijo, se acabó la gasolina!
—Pues vende el «auto» y compra gasolina.

AMÉRICO FALORMI.
Buenos Aires.



—¿Cómo no ha traído usted a su esposa?
—¡Caramba, señora! Ya decía yo al salir de casa que se me olvidaba algo.

SEBASTIÁN TRUJOLS.
Catorce años. Barcelona.

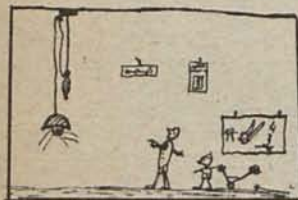


—¡Oye! ¿Quién es el que se ha muerto, tú o tu hermano?

JOSÉ MATA.
Once años. Madrid.

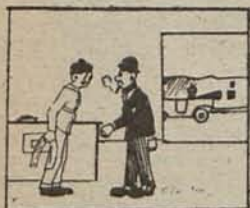


—Pues si señor; el otro día, yendo a caballo, cogí una liebre.
—¡Ah granuja! Entonces fué usted el que me la quitó de la conejera.
RAFAEL MARTÍNEZ.
Nueve años. Madrid.



—¿En qué se parece ese aparato de luz a un mal estudiante?
—Sí, señor; lo sé. Se parece en que está suspendido.

JOSÉ GONZÁLEZ.
Diez años. Ceuta.



—¡Oiga, camarero! ¿Cuánto cuesta un bocadillo grande?
—Sesenta céntimos.
—¿Y los chicos?
—Buenos, gracias; ahora saldrán de la escuela.

CARLOS QUESADA.
Madrid.



—Si yo le digo a usted que tendrá dolor de muelas, ¿qué tiempo es: presente, pretérito o futuro?
—Es una tontería; porque yo no tengo muelas.

P. RUIZ.
Trece años.



—¿Es su hija la que toca el piano? ¡Qué bien lo hace!
—No; es la criada que limpia las teclas.

GABRIEL C. LÓPEZ.
Trece años.

El tesoro del ogro.

En una aldea lejana vivía un carbonero muy pobre que tenía un hijo de once años, llamado Adolfo, y al que su padre quería entrañablemente. Un día en que éste regresaba de la escuela, encontró a su padre muy triste, y al preguntarle que cuál era la causa de su tristeza, aquél le contestó que la excesiva miseria en que se veían era su continua preocupación, a lo que el hijo le dijo que no se apurase, que él iría a buscar un tesoro de un ogro guardado por una serpiente.

Su padre trató de quitarle esa idea; pero al día siguiente de mañana se puso en camino el muchacho y al cabo de dos días de marcha se internó en un bosque muy espeso y cuya salida era muy difícil.

En aquel bosque vivía el ogro, cuyo tesoro estaba guardado por una serpiente. Esta, al verle, trató de defender el tesoro y se abalanzó sobre el muchacho; pero él de un hachazo la dejó muerta. En esto apareció el ogro que, al verle en posesión de su tesoro, le cogió por la cintura para ver si estaba gordo; mas al ver que era delgado le introdujo en su palacio y puso, como guardianes de él, a unos enanos para que le custodiasen y no le dejaran salir de allí.

Un día en que el muchacho dormía, se despertó sobresaltado y vió delante de sí una figura blanca que le dijo con voz dulce y suave: —Yo soy el hada Blanca-Nieve que vengo a salvarte de los terribles enanos.

Adolfo se vistió y el hada le tomó de la mano, y cogiendo un saco de oro y otro vacío metió en el vacío a los enanos y el otro se le dió a Adolfo. En esto apareció el ogro que, al ver que se llevaban su tesoro, pidió perdón al hada y le dijo que por Dios le dejaran su tesoro, aunque se llevase al muchacho. Entonces el hada fingió oírle y tirándole el saco de los enanos, le dijo: —Toma, para que veas que atiendes tus deseos.

Y después sacó del bosque al niño y se le llevó a su padre que ya estaba muy intranquilo por la ausencia de su hijo; pero al verle de nuevo recobró su alegría, y vivieron muy felices y contentos con el tesoro que gracias al valor de Adolfo habían adquirido y el cual les dió una felicidad duradera.

MARÍA ROSA MARTÍNEZ ELCARTE.

9 años. Madrid.

Cuento.

Era una mujer viuda que tenía una hija de siete años. La madre pedía limosna porque estaba muy enferma. Un día se acostó para no levantarse más.

La niña tuvo que pedir limosna como su madre. Llegó a una casa donde le dieron de comer, y al ver que la niña no se iba le dijo la señora:

—Te he dado de comer, ¿qué más quieres?

—Un beso, señora, porque no tengo madre.

Y la señora, que era muy buena cristiana, le dió un beso y la recogió en su casa.

ANGELES GONZÁLEZ.

11 años. Santa Cruz.



Lección de Aritmética:
—¿Qué es metro?
—Un tranvía subterráneo que atraviesa todo Madrid.
AGUSTÍN SÁENZ ALARCÓN.
Nueve años. Baeza.



El ladrón. —¡Cobarde! Me insulta por detrás porque no lo puede hacer por delante.
Joaquín ZUGASTI.
Doce años. Buenos Aires.



—Deme media docena de naranjas, pero que sean pequeñas para que entren más.
M. PERLA.



(El de la derecha al de la izquierda.)
—Pepito debe de estar enfadado con nosotros.
—¿Por qué?
—Porque nos mira mal.
EDUARDO SÁNCHEZ.
Valencia.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Concha y Fernando Marabini.
Madrid. Premio 31 del primer sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



Alvaro Coblán.
Madrid. Premio noveno del primer sorteo de regalos para los suscritores.
Una locomotora.



Victoria Claramunt.
Madrid. Premio 21 del gran sorteo de regalos.
Una muñeca.



Joaquín Azpeltia.
Madrid. Premio 37 del primer sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quisiera saber, amigo buho, cómo viven los elefantes.
—Estoy a tu disposición, como siempre.

—Me interesan sobre manera esos animales enormes, cuya vida me parece misteriosa, lejana, prehistórica, absurda, inconcebible.

—Basta, Chonón. ¡Qué apedrea de adjetivos! Tranquilízate. Cuando me explique ahora, mejor dicho, cuando te explique ahora, a grandes rasgos, lo que es la vida del elefante, verás cómo ésta no tiene nada de misteriosa. El elefante lo has visto en el circo, y nada más.

—Y en la casa de fieras.

—Y has llegado a pensar que estos animales grandotes, al parecer inútiles, los ha creado Dios sólo para eso, para el circo, para los parques zoológicos; es decir, para admiración de grandes y pequeños. Y no es así. Los elefantes viven en las selvas vírgenes del Indostán, de Assam, de Birmania, de Siam, de la península de Malaca, de Ceylán, de Sumatra, de Borneo. Viven reunidos en rebaños, compuestos, a veces, de cincuenta elefantes, rebaños enormes, como puedes ver, en los cuales suele haber una hembra por cada seis u ocho machos. Todos los individuos que componen el rebaño son de la misma familia, y jamás tolera la comunidad la presencia en ella de algún otro elefante forastero. Los machos viejos viven, sin embargo, apartados, solitarios, y raras veces se unen a los demás.

—¿Y qué comen?

—Sustancias vegetales, con preferencia hojas y retoños tiernos que cogen de los árboles con la trompa para llevarlos con ella a la boca; comen también frutos y semillas. Siempre habita el elefante en lugares poblados de grandes bosques. Durante el día permanecen en la espesura, evitando los rayos del sol. Realizan de noche sus excursiones en busca de su alimento, y atraviesan lo más enmarañado del bosque, salvando a veces, a pesar de su corpulencia, lugares en extremo peligrosos, que detendrían al caballo más ágil.

—¿Y es cierto que el elefante no puede tenderse?

—No es cierto, Chonón. El elefante se tiende y se levanta con suma facilidad. Se dice sin razón, fundado esta fábula, que para cazar elefantes basta socavar el tronco del árbol donde el animal acostumbra apoyarse para dormir. Pero nada de esto es cierto. No cabe duda que el elefante puede dormir de pie; pero tampoco cabe duda de que puede tenderse para ello.

—¿Cómo cazan estos animales tan grandes?

—Muy fácilmente. En la India, donde utilizan al elefante como animal de trabajo, los procedimientos para capturar aquél varían de unas regiones a otras. En Ceylán existe una clase de cazadores, llamados *panikies*, que recorren los bosques provistos de un lazo que arrojan a una de las patas del elefante que pretenden cazar. La cuerda de dicho lazo es amarrada luego al tronco de un árbol. Así queda el animal prisionero, sujeto. Entonces comienzan para el elefante unos días de gran intranquilidad, pues le acosan con humo, fuego y ruido, y le hacen sufrir, además, hambre y sed, hasta dejarlo extenuado. Mimándolo después y dándole de comer y beber, consiguen amansarlo definitivamente en muy poco tiempo.

—¿Qué bonito!

—Existe, asimismo, otro procedimiento.

—¿Cuál?

—También de la India. Consiste en construir en la selva, con es-

tacas muy fuertes, una gran empalizada. Hecho esto se bate el bosque alrededor de la empalizada, en una extensión de varios kilómetros, obligando a los elefantes por medio de disparos, gritos y tambores a refugiarse en la empalizada, en la cual se ha dejado una puerta abierta, de gran extensión, puerta que luego se cierra convenientemente. Como en el anterior procedimiento, se dejan los elefantes varios días sin comida ni agua, hasta que queden extenuados. Entonces, subidos en elefantes mansos, entran los cazadores en el cercado. Al cabo de tres días comienzan a darles de comer, a los elefantes cazados, y al cabo de tres meses ya están completamente domesticados.

—¿Qué pronto!

—He de advertirte, Chonón, que los naturales de la India realizan la domesticación del elefante, auxiliados de los mansos, con suma habilidad. Además, hay que tener en cuenta la docilidad del elefante, su inteligencia y su propiedad de encariñarse inmediatamente con las personas que lo trata bien. Esto facilita enormemente la domesticación de estos animales tan atroces, ante el cual, la verdad, el hombre tiene escasas defensas. Has de saber que las acometidas del elefante, cuando está furioso, son temibles. En ellas emplea la trompa, los colmillos y, generalmente, procura pisar al hombre. Con eso basta. Un pisotón de un elefante es mortal, Chonón. Imagínate si lo será: un elefante tiene un peso total de tres mil a cuatro mil kilogramos.

—¿Es posible?

—Matemático.

—Costará mucho, entonces, mantener un animalito tan grande, ¿no?

—Mucho, mi querido amigo. En domesticidad, come al día unos 300 kilogramos de forraje verde. En los parques zoológicos viene a tragar, al día, 8 kilogramos de salvado y pan, 2 kilogramos de arroz y 25 kilogramos de forraje seco.

—¿Qué bruto!

—Pero es capaz de soportar el elefante, sobre su lomo, mil kilogramos, y en marchas largas puede cargársele 350 a 500 kilogramos. Corre, además, el elefante, cuando se ve perseguido, tanto como un caballo, o más.

—¡Vaya una alhaja! ¿Es cierto que no se pueden cazar a tiros?

—No es cierto. Se cazan con balas. Para ello se necesita, desde luego, un gran tirador, pues el balazo ha de dar detrás del ojo, o, mejor aún, detrás del borde de la oreja. Los tiros que dan en otra parte, aun empleando carabinas de gran calibre o balas explosivas, no derriban al animal, que huye aterrado, salvando distancias enormes, para morir en lugares apartadísimos. En algunos sitios se practica esta caza a caballo. Antes de la introducción de las armas de fuego no se cazaban elefantes en algunas regiones de África, y solo en determinadas ocasiones se echaban unos cuantos indígenas sobre uno de aquellos animales, hiriéndolo con centenares de flechas, esperando luego a que se desangrase. En otras regiones abrían fosos, y cuando caía en uno de éstos un elefante lo mataban con lanzas arrojadas.

—Eran crueles, en aquel entonces, los cazadores.

—Mucho más que hoy, Chonón.

—Me gustaría cazar elefantes, querido buho.

—Un día que tengamos tiempo, organizaremos una batida. Ya verás.

CORRESPONDENCIA

José Ferrer Navarro.—Querido Pepe: La verdad, no recuerdo tu dibujo. Pero tres semanas no es mucho, aunque a ti te parezca un siglo. Dibujos hay aquí que se hallan esperando, sin duda, cuatro meses. Si el tuyo llegó en buenas condiciones, como creo, saldrá. Lo mejor será que me remitas nuevos trabajos, conforme se reanude el cupón de colaboración. ¿Comprendes?

Recibe unos abrazos de Morronguis, Potipán, Cañamón, Currinche y Don Turulato.

Antonio Bello, Santiago Domínguez, Luis C. Fernández, Pedro Collado, Anita Laza.—Mis queridísimos Pinochistas: Os veo en un error lamentable. Que no publique el cupón en estos días, para descongestionar las arcas de la colaboración, como he dicho, no implica que se me puedan remitir trabajos sin el correspondiente cupón de concursos. Ahora no se trata más que de un ligero, ligerísimo compás de espera. Todo ello, desde luego, como podéis comprender, en beneficio de vosotros mismos. Todo por vosotros. No vivo, no duermo, no como pensando cosas con que beneficiar a mis suscritores. Esperad. Tened paciencia. Pinocho os asegura, desde hoy, muchos éxitos en PINOCHO.

Pedro García Otero.—Sin cupón, a lápiz... ¡Qué memoria!

Ramón Pardo Pérez.—Muy bien. Sobre todo la «cara de Currinche». Un acierto. Admitido.

Francisco Leal Insúa.—He recibido tu espléndido dibujo, que publicaré de todas formas. No irá, desde luego, en la página deportiva; pero irá, en cambio, conforme le llegue su turno, en la página de colaboración infantil. Ya te conozco, Paco. Ya sé que eres un gran artista. Algo formidable, inimitable.

Recibe un abrazo de Pirula, tu mejor amiga, otro de Anita, y otros muchos más de los demás compañeros. ¡Adiós!

Sofía y Angel Orfanel.—Doctores en dibujo y catedráticos, por oposición, en las páginas de PINOCHO. Muy bien, Sofía; estupendo, Angel. Todo ello —el «primer cuadro» y la «amiga Anita»— aparecerá.

Luisa y Pilar.—He recibido vuestro magnífico dibujo —¡qué gran retrato de Pi-

rula!— y me maravilla vuestro acierto al reproducir las facciones de vuestra amiguita. Muy bien. Estupendo. Ni que decir tiene que este dibujo se publicará a la mayor brevedad posible. En cuanto a los otros, a los dibujos que me remitisteis, según me decís, en el mes de febrero, es seguro que ya está para salir, de un número a otro. Eso si llegaron, como creo, en buenas condiciones; es decir, con sus cupones correspondientes.

Besos de Pirula —¡cómo agradece vuestros recuerdos!— y apretones de manos, saludos y felicitaciones, los más cordiales, de Currinche, Don Turulato, Potipán, Cañamón y Morronguis.

Pedro Muñoz.—Mi querido Pedro: Por tu carta veo que sabes agradecer mi generosidad. He suspendido, por unos días, la página de deportes, y tus nuevos dibujos han pasado a la sección de colaboración infantil. Los otros, esos antiguos trabajos de que me hablas, y de los cuales te contesté ya, a su tiempo, deben estar para salir. ¿Puedo decirte más? Agradezco mucho las frases de tu carta. Veo que me ves en toda mi inmensidad. Decididamente, soy grande, Perico.

Carlos Frías.—«El gran Uzcudum», que venció a Spalla, está bien. Pero como viene sin cupón...

Ana María Garrido.—Pirula ha leído tu carta con sumo gusto, de pe a pa, y ha decidido escribirte, conforme sus ocupaciones, que son muchas, le den espacio para ello. Como suscritora que eres, y apenas se reanuden los cupones de colaboración, podrás remitirme cuantos trabajos quieras. Aquí, ya puedes suponerlo, encantados. Máxime tratándose de ti, una de las Pinochistas más inteligentes del globo terráqueo. Un abrazo de Pirula, tu mejor amiga, y otros muchos más de Anita, Potipán, Cañamón, etc.

Antonio Blanco Andrada y Antonio Huerta.—Para colaborar en mi revista y tomar parte en mis concursos basta, mis queridos Antonio y Antonio, suscribirse a PINOCHO. Innumerables beneficios, fantásticos regalos, magníficos honores obtendrás con sólo la suscripción.

Un abrazo, dos abrazos... ¡Adiós!

PINOCHISTAS PREMIADOS

EN EL COLOSAL SORTEO DE REGALOS DE PINOCHO A SUS SUSCRITORES

PRIMER PREMIO: UN AUTO CITROËN

JUAN MANUEL URQUIJO

(Hijo de los Marqueses de Amurrio. — Madrid.)

Segundo premio.—Un cinematógrafo.—José de Eiguren, Bilbao.

Tercer premio.—Una caja de soldados.—S. A. R. la Serenísima Señora doña María de las Mercedes de Baviera y de Borbón, Infanta de España, Madrid.

Cuarto premio.—Una máquina fotográfica.—Rafael Alonso Alcalde, Valladolid.

Quinto premio.—Una casa de muñecas.—Francisco de Cubas, Madrid.

Sexto premio.—Un triciclo niquelado.—Cayo Pombo Caller, Santander.

Séptimo premio.—Un tocador para niña.—Anita Casariego De Bel, Ribadeo.

Octavo premio.—Una muñeca.—Emilio Díaz Moreu, Madrid.

Noveno premio.—Una locomotora mecánica.—Alvaro Cobián, Madrid.

10.º PREMIO AL 50.º PREMIO: UN LOTE DE LIBROS

Estos 40 premios han correspondido a los Pinochistas siguientes:

Encarnación Peregrín Ardivé, Baza (Granada). Lourdes Belver Llamas, Barcelona. Juanita Gamero Cívico, Madrid. Carmen Urrutia, Madrid. Rafael A. Novoa, Vigo. Antonio Godar, Vivero. Mercedes Lletget, Barcelona. Germán Valentin, Madrid. María del Carmen Segovia, San Fernando (Cádiz). María Barroso, Málaga. Fernando Coghén, Madrid. Ignacio L. Morillas, Vitoria. Antonio María Cospedal, Logroño. Santiago y Ramón del Olmo Mallol, Palencia. Alvaro Janini, Valencia. Mario F. Mazas, Orense. Gregorio Marañón Moya, Madrid. María Clapés, Barcelona. María González, Salvatierra de Tormes. María Teresa Cirujeda, Alicante. Rafael de

Alvear, Madrid. Concha y Fernando Marabini, Madrid. Guillermo Rolland, Madrid. Juanito Delaporte, Constantina (Argelia). José Antonio González Lodares, Villaseca de Haro. Miguel Nolla Forcada. Alberto Tapia, Madrid. Mateo Azpeitia, Madrid. Aurelio Romero Puente, Sevilla. Puri y Mimo Nanclores, Valencia. Carlitos R. Cabello y Soto, Santander. Gonzalo Moreno, Daimiel. Guillermo Martínez de Pinillos, Chiclana de la Frontera. Lorenzo Fernández, Barcelona. José Luis Hernández, Huelva. Pedro Corral, San Sebastián. Hermilia Pelaz, Zamora. Fernando de Chavarri, Madrid. Tomás García Lara, Madrid. Javier Muguiro, Madrid. María Teresa Vallhonrat, Madrid.

En uno de los próximos números de PINOCHO se publicará la lista del SEGUNDO SORTEO DE REGALOS COLOSALES para los Pinochistas que se suscriban desde el 1.º de junio al 30 de setiembre de 1926.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).

2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).

3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.

4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.

5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN en PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten **en el momento de hacer su suscripción**. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

1.º Tres valcs, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.

2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

BOLETIN DE SUSCRICION A « PINOCHO »

El Pinochista D.

calle de núm. Pueblo

..... Provincia, se suscribe a

PINOCHO por (1) { UN AÑO..... } cuyo importe de { veinte pesetas (23 pesetas) (2). } remite a la Adminis-
UN SEMESTRE... } diez pesetas..... }
UN TRIMESTRE.. } cinco pesetas..... }

tracción de PINOCHO, Calle de Valencia, 28 (3), en (4) También remite 1,50 pesetas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite pesetas.

(Fecha y firma.)

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) Los suscritores por un año pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción, o sea en total: 23 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración directamente, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

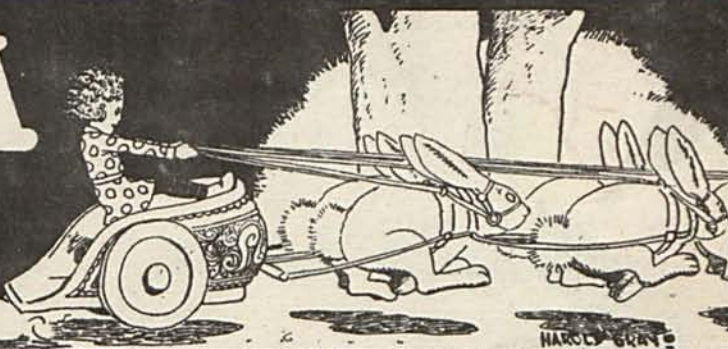
(5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

Pinochistas premiados en el sorteo mensual de regalos a los suscritores

Premios.	Abril.	Mayo.	Junio.
Primero. 25 ptas. en dinero.	Srta. María del Pilar Gallo.—Santander.	D. Francisco Murillo.—Barcelona.	Srta. Concha de Grandes.—Si-güenza.
Segundo. 15 ptas. en libros.	» Amelia Rufino.—Gandía.	Srta. Mercedes Rey. — Habana (Cuba).	D. Jaime y Pilar Milans del Bosch. Málaga.
Tercero. 10 ptas en libros..	D. Carlos Marcos.—Cangas de Ti-neo.	» Rosa Oñate Prendergast. — Sarriá.	» Alfonso Ponte.—Madrid.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	Srta. Amelia Aranda Sims.—Zara-goza.	D. Recaredo y María Garay.—Ma-drid.	Srta. Irene de Quesada.—Valencia.
Quinto. 3 ptas. en libros...	D. Mauro Alonso.—Vigo.	» Francisco Gil de Sola.—Barce-lona.	D. Mariano Guitián.—Madrid.

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GRAY

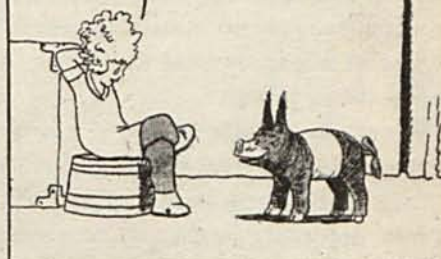
¡CARAMBA, GURRIDINI! ¡TANTO TIEMPO SIN VERTE!



¡CUANTO TE HE ECHADO DE MENOS DESDE QUE TE FUISTE A TRABAJAR AL CIRCO!



¿HABRÁS APRENDIDO MUCHAS HABILIDADES, VERDAD? ¡A VER, GURRIDINI, A VER!



MUY BIEN, ESO ES MUY BONITO.



BRAVO, GURRIDINI, BRAVO. ESTÁS HECHO UN GRAN EQUILIBRISTA.



¿PERO QUÈ HACES, PELUCHO?



¿QUÈ ES ESO DE TIRAR A GURRIDINI?



TE ESTÁ MUY BIEN EMPLEADO, PELUCHO; ASÍ APRENDERÁS A NO METETERTE CON UN ARTISTA DE CIRCO.



¿PERO ES QUE AHORA OS VAIS A PELEAR? ¡NO FALTABA MÁS!



OS VOY A PRESENTAR PARA QUE SEAIS BUENOS AMIGOS ¡AQUÍ TIENES AL GRAN GURRIDINI!



Y AQUÍ TIENES AL SIMPÁTICO PELUCHO.



CLARO, COMO NO SE CONOCIAN LOS POBRECITOS, NO ES RARO QUE SE PEGASEN. LA CULPA LA TUVE YO.



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright 1935 by The Chicago Tribune



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

Seguramente conocéis aquella fábula de la liebre miedosa, que, al pasar junto a una charca, asusta a unas ranas que huyen despavoridas a arrojar al agua.

Y la liebre queda pensativa y maravillada preguntándose: «¿Tan valiente, tan temible soy yo, que me tienen miedo?» Por lo cual se saca la consecuencia que no siempre es de temer lo que se teme, que no hay ser miedoso que no pueda encontrar otro más miedoso que él, y, en fin, que el miedo es cosa de tontos, que no se paran a reflexionar e porqué de su temor.

Recuerdo aquella fábula, al fijarme en el dibujo que acabo de trazar para adornar este último modelo de delantal.

(Sea dicho entre paréntesis: el dibujo resultará precioso, bordado en tres colores y realzados los contornos con negro, a punto de cordón; en cuanto al delantal, muy práctico y fácil de cortar, conviene bordearlo a punto de festón recto —dos puntadas pequeñas, alternando con una grande, según indica el grabado—, hecho con algodón perlé negro o azul marino, sobre fondo de gruesa *toile* de color hilo grosella o azul fuerte.)

Pues bien; fijaos en este dibujo: representa un conejito que se dispone golosamente a mordisquear dos magníficas lechugas frescas, cuando le sorprende la llegada de un escarabajo; y ya está el conejito asustado, como lo demuestra su mirada inquieta, sus orejas tiesas y su bigote erizado. ¡Habrás visto cobardel! ¡Asustarse de un bicho inofensivo e infinitamente más chico que él! Pues yo sostengo que el miedo absurdo, inmotivado, más que cobardía, es tontería. Claro está que el terror a un león en libertad o a un incendio, es cosa natural.

En cuanto a lo de no acercarse a la estufa, por ejemplo, por miedo a quemarse, o no comer demasiado por miedo a una indigestión, o no empinarse sobre la barandilla de un balcón por miedo a caerse, o no manejar un cuchillo por miedo a cortarse o pincharse, todo eso, en los niños, está muy bien, y demuestra prudencia, que es condición de personas inteligentes. Pero el bobo del conejito éste, me hace pensar en los niños —os afirmo que los hay así, aunque no conozcáis ninguno, por lo cual os felicito— que le tienen miedo a cualquier cosa: a la oscuridad, pongo por caso.

A poco que esos niños reflexionasen, comprenderían que la oscuridad no puede hacerle daño a nadie, puesto que es solamente la falta de luz.

Pero esos niños no piensan, no razonan; por eso digo que son tontos.

Y por eso me alegro cada día más de no tener más que lectorcitos inteligentes; porque no me puede caber la menor duda de que lo sois todos..., ¡puesto que leéis el PINOCHO!

